

DAMAYANTIA

Había en tiempos muy posteriores á los personificados por Urvasia y Natalikia un guerrero en la India de incontrastable fuerza. Llamábase Nala este guerrero. El arco era en sus manos como la centella en manos de los dioses. Bélica cólera iluminaba su rostro á la continua y encendía en rojizo fuego sus negras pupilas. Flotaba su cabello como la guedeja del león y su apostura tenía la majestad del elefante. Si alguna vez bajaba de su carro triunfal ó de su airosa cabalgadura, parecía un águila descendiendo desde lo alto á la tierra. Él desgajaba los árboles seculares del bosque primitivo cual pudiera tronchar un niño las cañas del delicado arroz. Él ahuyentaba, cuando quería, los tigres, y cuando quería fascinaba las serpientes. El trueno de las nubes no domina tanto los bramidos del Océano como su voz de imperio dominaba el ruido de las

armas. Este caudillo, que sólo había pensado en el odio y en sus tormentas, un día sintióse de súbito por el amor asaltado. Pasaba un extranjero por su tienda y le detuvo en obediencia fiel al código de la hospitalidad. Y después de haberle agasajado dándole pan bendecido por sus brahmanes, leche de las vacas, miel de las abejas, despidiólo con donativo de unas sandalias para que no se hiriese los piés, de un báculo para que apoyase las manos y de una capa ó manto para que se preservase del frío y de aquella nociva humedad en el suelo índico naturales por el follaje, por las raíces, por los ríos, por los lagos. Al despedirse aquel viajero, profundamente agradecido á tales muestras de afecto, díjole cómo allá en el ocaso, por amplio reino sembrado de palmas, entre los bosques oculta como dentro de su nido la paloma, una princesa de altísima extirpe habitaba, muy bella por su cuerpo y más aún por sus virtudes. El viajero habíala visto, coronada la frente de azules enredaderas, vestido el cuerpo de gasas albisimas, una tórtola en las manos, un corderillo á los piés, y alrededor suyo las sacras cigüeñas puras é inocentes. Pero aquella hermosa joven ignoraba el amor. Inútilmente las flores se besaban en su presencia, inútilmente las aves unas á otras delante de ella se decían con mutuo regocijo amorosas endechas. La virgen, ignorante del

amor, pasaba la vida en el campo, como una diosa en el templo, presentando á todos los dioses las plegarias de todos los seres.

La descripción hecha por el viajero de las prendas que adornaban á la hermosísima princesa penetró en el corazón de Nala, y lo sojuzgó con verdadero imperio. Desde que supo cómo había tal prenda escondida, y dónde se hallaba, sólo pensó en buscarla y en haberla. Desde aquel punto la soledad fué su compañera, los bosques su habitación, y el coloquio consigo mismo todo el placer de su alma. Pero ni la menuda grama que cubre un suelo campestre, ni los corpulentos entrelazados árboles, ni las guirnaldas de flores que trenzan las lianas, ni los lagos con sus lotos sobre su verde superficie, ni las gacelas que corren, ni las avecillas que vuelan y gorjean, bastaban á contrastar las tristes angustias de su corazón alimentadas por los intensísimos ensueños exhalados de su pensamiento. Prefiriera el guerrero combatir con tigres y leones, derribar huestes de gigantescos elefantes, meter en cadenas por él forjadas á todos sus enemigos, correr la tierra y llegar hasta la negra boca del antro donde se guarecen los demonios por Iama presididos á sostener aquella viva lucha con sus arrebatadas pasiones, temibles, muy temibles, por lo mismo que nacidas y brotadas á una de un vago é

incertísimo deseo. En vano, á veces, para contrastar sus invencibles propensiones y distraer sus acerbísimas penas, dábase á la caza el incansable guerrero. No sabiendo á quién perseguir y matar, mataba, por ejemplo, las cigüeñas, benéficas aves, necesarias al voraz clima de los trópicos, tan rebosantes de vida, que metiendo su largo pico en la corola de las flores, sacaban los insectos venenosos tan voraces en las batallas y en los empeños de aquella vida exuberante con aquella muerte implacable ¡Cuántas veces, en los dolores causados por sus amorosas angustias, después de haber herido las aves, arrepentíase Nala, y les demandaba perdón á guisa de inquieto niño y de furioso demente! Su amor era tanto más intenso cuanto que nacía de afectos no bien seguros y de ideas no bien fijas. Consumida su existencia en el odio que anima las guerras eternas, habíase dado al amor de súbito, y en este amor exaltadísimo no sabía bien ni el origen ni el objeto. Una mera narración le bastó para perder el seso, y con sólo haber oído la pintura de una bella mujer trazada por viejo peregrino, sentía pasiones que hubieran parecido en otro tiempo incompatibles con su feroz temperamento.

A la verdad que Damayantia lo merecía todo. Si Nala, con sólo saber que vivía, estaba por ella tan loco y tan desatinado, ¿qué le sucedería en cuanto

llegase á verla y á cerciorarse por sus propios ojos de aquella incomparable belleza? El estado moral de la hermosa Damayantia se asemejaba mucho al estado moral del guerrero Nala. Si éste la quería sin haberla visto, Damayantia, por su parte, amaba sin saber á quién. En su interior aleteaban mil ilusiones, las cuales corrían raudas hasta perderse á su vista y disiparse por los aires. Su alegría única era oír el canto continuo de las aves. Este concierto sin fin le sonaba como la voz de Brahma. Nada tan armonioso cual esa correspondencia misteriosísima entre las ideas y las cosas concertada como los metros de un verso y como las armonías de un cántico. Por poco atentos que nos hallemos al concierto de los áureos astros y al himno de los pájaros, siempre parece que doquier hay proporción y armonía late una idea y que sube arriba esta idea con alas de plegaria. ¡Cuánta correspondencia entre las palmas de mil colores y los cometas de mil luces, entre los nidos poblados de gorjeos y las estrellas centelleantes de resplandores! En la naturaleza todo sugiere como un sentimiento de amor. El nido y suavecilla, el bosque y su aura, el cáliz y su aroma, el agua y su canto, el fuego y su llama, todo esto quiere decir enlace ó nupcia, todo esto quiere significar intensísimas pasiones. Mientras Damayantia quería sin conocer á ciencia cierta el objeto de su cariño,

divulgábase por todas partes el renombre de Nala. Bueno por naturaleza, según la fama, correspondíase tan sólo con quienes observaban los códigos religiosos. Obediente á los sacerdotes, respetuosísimo con los ancianos, pronto en bendecir, tardo en imprecuar, más cuidadoso de su alma que de su corona, caritativo con todos los seres vivientes, desde las águilas hasta los insectos, soberano más de sus pasiones que de sus súbditos, diestro en el arco, certero para fijar la flecha, gran cabalgador de caballos y elefantes, Nala era la más pura gloria de cuantas habían resplandecido en el suelo indio. Su consagración como rey se conservaba en la retina de todos los que la vieran, prontos á transmitirla como un legado á la más remota posteridad y á las más lejanas generaciones. Brillaba en aquel día la ciudad como un lago cubierto de lotos, sobre cuyos cálices aletean mil aves embriagadas de amor. Una vez puesta en el sacro fuego la manteca clarificada que subía en columna de humo á la mansión de los inmortales, recostóse, para pensar en Narayana, sobre su lecho de verbena y darse á la oración. Al consagrarlo sus vasallos entonaban inmenso coro, los sacerdotes leían sus incommunicables libros, urnas de plata coronadas de hiedra y madreSelva y henchidas con aguas dulces de la confluencia del Ganges con el Yamuna se levantaban por todas partes.

El cetro cubierto de pedrería brillaba como la porción de cielo esmaltado por los más bellos astros. Un quitasol tan verde como esas grutas formadas por las ondas que pueblan las ninfas de los mares, procuraba grata sombra. Toros blancos, caballos negros, elefantes majestuosos, ligerísimas gacelas, discurrían por doquier. Y allá, en apartado santuario, escuchábase inmenso coro de innumerables voces entonando himnos sin fin. Tal era el guerrero á quien Damayantia prefería sin formarse idea del estado de su corazón y sin saber otra cosa en tal estado que la viva inquietud compañera de su delirio. Y mientras Damayantia se había enamorado de Nala sin saber por qué, Nala se había enamorado de Damayantia sin saber cómo, y sus dos almas se correspondían en vagos afectos mucho antes de que se hubiesen visto sus dos cuerpos. En tal situación de aquellos dos corazones, cosa naturalísima, en verdad, que buscase á Damayantia Nala. Así, mientras ella en su palacio aguardaba, sin tener á tal esperanza otro motivo y otra justificación que su deseo, escribía Nala el nombre de una mujer, á quien jamás viera, en las hojas de los árboles. Y por tan extraños medios, y por tan maravillosa manera, los dos corazones amantes se acercaban con mutuo amor y se confundían en la misma vida, sin que ni Damayantia hubiese visto á

Nala, ni por su parte Nala hubiese visto á Damayantia de lejos.

Esta no sabía lo que le pasaba. Inexperta en materia de amor, tenía más el sentimiento que la conciencia de su pasión. Pero, á manera de las aves que pronuncian palabras enseñadas y no conocidas, ella decía instintivamente, amor, amor, y siempre amor. Y según las supersticiones propias de su pueblo y de su tiempo, creía Damayantia en el milagroso efecto de las palabras sobre las cosas y parecía que las flores abrían mejor sus cálices y que las aves gorjeaban mejor con sus gargantas cuando acababan de oír aquella palabra. El corazón de la mujer detesta de suyo la soledad. No le parece que vive si no se completa con otro corazón. Así, desde que vagamente había entrevisto Damayantia la posibilidad más ó menos probable de amar, parecía su vida inmortal, y no sólo inmortal, sino superior al olvido ingrato. Sabedora de que alguien la quería en el mundo, brillaba la más pura felicidad en sus ojos, que descendía suave y tranquilamente sobre su pecho. Sin conocerlo, sentía la enamorada joven al hermoso guerrero junto á sí. Los dos se asemejaban, á las gasas áureas del sol él y á las gasas argéneas de la luna ella. Naturalmente habían de buscarse ambos seres, porque naturaleza puso en ellos afinidades mutuas

que los acercaban y que los confundían. Tocábale á Nala buscar la destinada para su esposa, y la buscó desde que la narración del peregrino le despertara el amor. Así, mientras el cochero suyo conducía presuroso hacia Occidente aquel áureo carro, donde iba en su busca, saltábale ansioso el corazón en su pecho y ardía también la sangre viva en sus venas. Mientras el cochero hería la espalda de los caballos apresurándolos, él se clavaba en las entrañas los agujones de su impaciencia. Parecíale imposible llegar á verla. Creía que su ardiente pupila iba con el contacto de aquella imagen á fundirse, y que su cuerpo, bajo el peso de la felicidad, á caerse. De buen grado pasara el camino que le dividía y separaba de su amor con la rapidez de una golondrina montada sobre las nubes y sobre las brisas. ¡Quién le hubiera dado por conductores en aquella su vertiginosa marcha lo que más corre quizá en el mundo, más que la luz, el pensamiento y el deseo!

Ya lo hemos dicho: en la vida india los dioses se mezclan con los hombres y el cielo se confunde con la tierra. Envidiosas las viejas divinidades al ver la felicidad cuasi divina de aquellos dos seres, propusieron impedirle por todos los medios que tienen y usan esos altísimos sublimados poderes. En cumplimiento de su propósito, lo primero que hicie-

ran fué detener invisibles en los aires el carro de Nala. Éste se irritó con irritación inenarrable. Ciego de cólera, púsose primero airado con el conductor de su carro, amenazándole con asestar sus dardos á pechos como el suyo, tan enemigo de la satisfacción de sus deseos. Apenas había logrado que marchara el coche, intercepta su camino terrible serpiente. Nueva irritación de Nala por aquella tardanza. En vano el reptil abre sus rojas fauces, asesta su agudo aguijón y chasquea y vibra su flexible cola. El guerrero lo mata. Y aun la serpiente no ha muerto á sus piés, cuando ya ordena otra vertiginosísima carrera. Pero los dioses invisibles la interceptan ahora, como antes la interceptaran los visibles reptiles. Nada en el cielo podía trastornar y hasta enfurecer á las divinidades celestiales como que los hombres, siquier tuviesen la virtud y pujanza de Nala, creyeran para ellos solos y de ellos solos toda la tierra, sin pensar que aires, aguas, cuantos vapores hay en las alturas, cuantos átomos en los abismos, hállanse poblados de genios y espíritus cuya voluntad supera en mucho á la voluntad humana. Bien pronto revelaron á Nala cómo ellos, y sólo ellos, se interponían en su camino y le vedaban la vertiginosa carrera. El soldado rey, de rodillas, imploró la divina misericordia, diciéndoles cómo sabía que no respiraban mortales é inmorta-

les el mismo aire, pues mientras los unos habitan los picos superiores del Himalaya, los otros no pasan de míseros gusanos en la tierra. Ya les dijo que si respiraba era porque le infundían ellos su aliento, y si en el polvo se arrastraba porque lo creían ellos digno de conservar la vida. Su cetro, sembrado de diamantes, no podía compararse á cetros sembrados de astros. Sus carros de oro estaban muy lejos de los carros compuestos por relámpagos. Quien lleva una mísera corona de metal, no puede compararse con quien ciñe, allá en el cielo, una corona de volcanes. A estas palabras y á estos rendimientos sintiéronse conmovidos los dioses. Entablando tras tal conmoción coloquios amistosísimos con el poderoso guerrero, dijeronle á una las siguientes palabras: «Puesto que reconoces nuestra omnipotencia, no podrás revolvete contra quienes jamás lograrían tus deseos y tus fuerzas mortales desceñir de sus inmortales coronas. Ya que tan ufano corres en pos de Damayantia, dile que los dioses del Himalaya la idolatran y cómo han decidido, en superiores consejos, elija y designe uno entre ellos por esposo.»

Nala plegó las manos y se dirigió atribulado y suplicante á los dioses. La orden que le habían dado trastornaba todos sus proyectos y hería todos sus sentimientos. Podían mandarle que detuviera

las ondas del mar, y se anegaría en sus aguas; que luchara con el tigre de las selvas, y arrancaría su lengua con esfuerzo á las fauces de bruto tan ferroz; que apagase los volcanes, y se dejaría consumir en las erupciones y en las llamas; pero no podían mandarle que disipase la esperanza de su vida, que extinguiese la luz de su entendimiento, que deslustrara la esencia de su alma. Tal respuesta indignó á los inmortales, quienes apenas comprendían cómo después de haberse ofrecido á prestar su obediencia, y obediencia servil, se resistía entonces á los divinos mandatos. ¡Y llamábase á sí mismo virtuoso mortal, fidelísimo á Brahma, sujeto á las leyes védicas, tenaz en seguir el camino de la virtud y de la verdad! Por las mentes divinas pasó como un relámpago la idea de castigar al protervo y hundirlo en el infierno de Iama. Al verlos así airados, Nala conoció que no tenía esperanza ninguna de prevalecer y sugerir á lo alto el deseo guardado en las entrañas y latente allá en lo profundo de su alma. Así los conjuró á que desistieran de su empeño, y les dijo cómo diría su pensamiento á la hermosa joven, siquier al decirselo hubiera de rasgarse las entrañas con sus propias manos y hubiera de caer acabado y destruído por el golpe de su intenso dolor. Y dicho esto apartóse inmediatamente de todos ellos, rogándoles que no

fuese á otros hombres tan terrible y nefasto como á él un encuentro con los dioses. Y mandó al cochero que siguiese; pero lejos de añadirle que á prisa, le añadió: «despacio, muy despacio.» Mientras tanto la requerida joven se levantaba sobre los terrados altísimos de su regio palacio, y veía llegar á su amado. Ya se lo había dicho su corazón antes de que sus ojos se lo dijiesen. Aquel que iba tan rápido hacia su palacio era Nala el guerrero. La frente le resplandecía como un cielo. Veíase con claridad que sus ojos buscaban ávidos la imagen adorada. Ella le aguardaba sin poder contener el impulso de su corazón, que le saltaba del pecho y se abría camino á los ojos y á los labios, encargados principalmente de manifestar su pasión. Columbraba en los lejos al sér predilecto y lo veía tal como lo soñara. Su ilusión acababa de tomar una realidad viva. Su esperanza se hacía hombre de carne y hueso en aquella figura que avanzaba con lentitud hacia su encuentro. Ella, que lo había visto pasar en las nubes, resplandecer en el relámpago, herir y porfiar en los combates de nuevo, tornábalo en aquel minuto supremo á ver, cual si la realidad y la vida no fuesen más que una verdadera continuación de su idea y de su alma.

Hija de un rey, Damayantia necesitaba enlazarse con un mortal, no sólo por el ciego ímpetu de sus

afectos, sino por múltiples razones superiores de política y Estado. Consultó con el que dirigía su pueblo y personificaba su Estado, con el regio padre, la elección de su alma. Esta fué con tal intensidad aprobada que, adelantándose á los deseos suyos, cogió el rey á su hija de la mano para conducirla donde, según los ritos, debía esperar al deseado novio. En efecto, llega éste y se postra en adoración ante su amada. Ella no comprende la pasión que allá dentro siente al ver al amado de su pecho; con tal exceso vence y supera todo lo que había en otro tiempo sentido. Estática veía la figura y escuchaba la palabra de su predilecto, quien desahogó su corazón y dijo cómo á ella, y sólo á ella prefería, y cómo con su amor soñara desde la vez primera que oyó resonar en los oídos su dulce y adorado nombre. Pero infeliz, quizá por haber precedido á su natalicio nefasta estrella, los dioses del Himalaya se habían encelado de él é impuestóle una obligación muy dura, decirle á la hermosa de su corazón el amor que por ella sentían y la obligación á que la sujetaban de indicar uno entre todos para esposo. El rey se ufanó mucho con aquella noticia. Como buen padre, prefería para su hija el amor que pudiera llevarle mayores ventajas. Así la veía con el Himalaya por trono, el cielo por dosel, todo el universo por palacio, las estrellas en sus piés á

guisa de sandalias, los arreboles del ocaso por túnica y vestimenta, por lecho las flores, por espejo los mares, por compañeras las apsaras, todos los jugos del campo en sus venas, todos los resplandores del cielo en sus ojos y la eternidad por vida en brazos de los inmortales soberanos y serenos. Pero Damayantia, como buena enamorada, no podía participar de las creencias del padre ni de sus ilusiones. El rey se movía por ambición, ella por amor. Y donde había él de ver tan sólo provecho, ella necesariamente había de ver tan sólo dolores. El universo entero no podía llenar un corazón vacío. Para la mujer amante no hay Dios como su amado. No le importaba el Himalaya entero si había de hallar allí la desolación de insufrible ausencia. Ninguna grandeza puede tentar á quien ama cuando no está en el amor establecida. Los ojos enamorados creen mayor la diminuta lágrima pendida de los párpados por el amor que la inmensidad del Océano. Fugaz como un pistilo de rosa el cielo en comparación de un pensamiento de amor. Todas las estrellas engarzadas en un collar no valen lo que valen unos brazos amantes. El espacio entero parecerá más chico en su infinidad que un corazón grande. No hay armonías comparables en el concierto de los mundos y en el coro de las aves á una serenata de amor. La paz del cielo no sería con quien tuviese

una guerra y guerra implacable dentro de su propio sér á causa del amor. En todas estas observaciones afectivas se fundaba la joven para contestar que tuviese necesidad ninguna, cual creía su padre, de optar, entre un inmortal y un mortal, por un inmortal. Pero si no bastaba con esto, aun tenía razones encaminadas al corazón del rey. En la perpetuidad del orden social estriba la ventura de un pueblo bien organizado como la India. Pues para la continuación de tan concertado movimiento importa que se recluya cada clase dentro de sí misma. Y, por consecuencia, como no podía la hija de un rey enlazarse con un paria, tampoco podía enlazarse con un dios. De antiguo se ha dicho que no debe romperse la esfera donde se ha encerrado cada clase por mandato expreso del Criador. Tal era la resistencia que Damayantia oponía de suyo al mandato de los dioses y al consejo de su padre.

Nala bendijo á la mujer amada después de haberla escuchado tales palabras, pero el rey, deseoso de divinizar y exaltar á su hija, notificóles cómo necesitaba una elección pública y una revista inmediata de todos los príncipes indios para designar en última instancia quién debía llamarse marido de su hija. En efecto, los cortesanos, á són de trompeta, dijeron por los cuatro vientos cómo la princesa Damayantia, hija de un rey poderoso, de-

bía elegir marido entre los príncipes indios. Pero la princesa en su corazón había elegido ya. Viéronlo así las divinidades altísimas y no lo toleraron. Dotadas de un poder omnímodo, convinieron en usarlo y esgrimirlo á su arbitrio. Así pensaron en arrastrarla por fuerza ó de grado á sus palacios de estrellas. Y para persuadirla resolvieron revestir todos á una la forma de Nala. Merced á esta industria vería la cuitada en ellos á su amado, y siguiéndolo, engañada por aquella engañosísima forma, subiría de seguro al pico del Himalaya, de donde no descendería nuevamente jamás. Las ninfas cantaban en lo alto del monte. Sobre sus frentes despedía el sol mares de luz y bajo sus pies volaban las nubes como águilas. Los altos niveos picos del Himalaya esmaltábanse con esmaltes violetas. Aleteaban las gigantescas aves de los montes. Los lagos se dormían á trechos entre las armoniosas colinas. Murmuraban los cedros al borde oscuro de los abismos sus melancólicas canciones y extendían los volcanes en las cumbres sus abanicos de fuego. La serpiente se ponía sobre su cola para morder junto á la catarata que raudamente descendía para vivificarlo. Allí las fuentes de donde mana la vida en las altas cumbres reservadas á los dioses. Allí, pues, para gloria de éstos, reúnen-se los competidores que aguardan la designación